


La Nación Soñada:
Cuba, Puerto Rico y Filipinas
ante el 98

Actas del Congreso Internacional celebrado
en Aranjuez del 24 al 28 de abril
de 1995

Consuelo Naranjo Orovio, Miguel Ángel Puig-
Samper y Luis Miguel García Mora
(editores)

DOCE  CALLES

Colección ACTAS

- © Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- © De cada texto su autor.
- © De la coordinación editorial: Consuelo Naranjo Orovio (CSIC) y Miguel Ángel Puig-Samper (CSIC).
- © De la presente edición: EDICIONES DOCE CALLES, S.L.
Apartado 270. 28300 Aranjuez (Madrid)
Teléfonos: (91) 892 42 01 - 892 42 18
Fax: (91) 892 51 49

ISBN: 84-87111-87-4

D.L.: M-29.380-1996

Impresión: Closas-Orcoyen, S.L. (Paracuellos de Jarama, Madrid).

EN BÚSQUEDA DE LO NACIONAL: MIGRACIONES Y RACISMO EN CUBA (1880-1910)*

Consuelo Naranjo Orovio
CSIC

En el proceso de construcción de la nacionalidad cubana nos interesa analizar la búsqueda de los factores étnicos y culturales que diferentes autores valoraron y consideraron que en ellos residía la identidad del pueblo cubano, así como los procesos en los que se enmarcan, y de los que son producto dichas valoraciones, y la evolución ideológica de cada autor o grupo¹.

La reducción del debate a la oposición entre el modelo español y el norteamericano, entre «lo hispano» y «lo sajón», el hispanismo o el panamericanismo, nos parece un enfoque que limita el problema y no llega al fondo del mismo. Por ello, nos interesa establecer los orígenes de las teorías que sustentaron las diferentes ideologías, como el positivismo, el darwinismo social, el regeneracionismo, etc., y la adaptación de éstas a la realidad social, cultural y política cubana².

* Trabajo realizado dentro del Proyecto de Investigación PB 94-0060, financiado por la DGICYT.

¹ En otro estudio hemos abordado cómo en la búsqueda de los componentes básicos y característicos de la nacionalidad cubana, los políticos e intelectuales defendieron diferentes postulados en función de sus posturas más cercanas o enfrentadas con la tradición hispana, y con el grado de aproximación al modelo norteamericano.

² Algunos autores han analizado el proceso de construcción nacional desde la perspectiva que nosotros desarrollamos. Un estudio pormenorizado sobre los procesos de «invención de la nación» y la creación de un imaginario colectivo-nacional en América Latina ha sido realizado por MÓNICA QUIJADA, «¿Qué nación?. Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX», *Imaginar la Nación*, en *Cuadernos de Historia Latinoamericana*, n° 2, Münster, Ahila, 1994, pp. 15-511; PETER WADE, «Negros indígenas e identidad nacional en Colombia», *Imaginar la Nación*, en *Cuadernos de Historia Latinoamericana*, n° 2, Münster, Ahila, 1994, pp. 255-288.

Por otra parte, en todo proceso de construcción de la nacionalidad hay que tener en cuenta «el otro» frente al que se construye, que en el caso de Cuba son «otros»; «otros» cambiantes en función del período, de la coyuntura y de los intereses de la elite: España, el «negro», la población no blanca, y Estados Unidos.

El discurso racial fue uno de los motores en la construcción nacional de diversos países. En este punto es de gran interés analizar el racismo como manifestación cultural, derivada del proceso histórico vivido, así como los principios pseudocientíficos que lo sustentaron³. Principios heredados del siglo XIX y que se manifiestan, aunque de forma distinta, en el siglo XX, con la incorporación del negro, como ciudadano libre, a la vida social, económica, cultural y política, así como con la entrada de inmigrantes no blancos a partir de 1913, fundamentalmente antillanos —jamaicanos y haitianos— y chinos⁴.

Por otra parte, hay que señalar que al igual que en otros países del continente americano en los que la selección étnica estuvo presidida por el discurso civilización-barbarie, en términos de oposición, o blanco-indio, en Cuba el proceso de selección étnica fue sustentado en principios pseudocientíficos, discursos políticos y morales, que trataron de establecer las diferencias entre el blanco y el negro, y en segundo lugar entre el blanco y el asiático. Diferencias que, según las teorías biologists, marcaban o eran la evidencia de la superioridad de unas poblaciones frente a la inferioridad de las otras.

Las teorías positivistas europeas, las mediciones craneométricas y el estudio de la morfología del cerebro en diferentes poblaciones tuvieron repercusión en América Latina, un laboratorio ideal de experimentación por su diversidad étnica, sus condiciones ambientales y climatológicas diferentes a las europeas, y sus procesos de independencia y de construcción nacional y creación de Estados. Sin duda era este continente un escenario privilegiado donde estudiar los resultados del mestizaje, la importancia de la herencia en la configuración de las poblaciones y, sobre todo, probar la pretendida superioridad del hombre blanco.

Las teorías pseudocientíficas manejadas, en las que la medida del ángulo facial o forma de las circunvoluciones cerebrales eran, entre otros, los datos que probaban «científicamente» la diversidad de orígenes del hombre, la superioridad de unas razas sobre otras, tenían un fuerte componente etnocéntrico y, en concreto, eurocéntrico. Así, tomando en cuenta el estado más avanzado de las sociedades europeas o la norteamericana, con una población mayoritaria blanca, se equiparaba la civilización y el progreso con la llamada «raza» blanca⁵. Dentro de estos discursos los argumentos más utilizados fueron los biológi-

³ Estudios sobre las ideas raciales en los científicos e intelectuales mexicanos, la recepción del darwinismo social y la división de opiniones en torno al indígena que generó entre los positivistas mexicanos, han sido desarrollados por MOISÉS GONZÁLEZ NAVARRO, «Las ideas raciales de los científicos, 1890-1910», *Historia Mexicana*, XXXVII, n° 4, México, 1988, pp. 565-583; T. G. POWELL, «Mexican Intellectuals and the Indian Question, 1876-1911», *The Hispanic American Historical Review*, vol. 48, Durham, 1968, pp. 19-36; MARTIN S. STABB, «Indigenism and Racism in Mexican Thought: 1857-1911», *Journal of Inter-American Studies*, vol. I, n° 4, Gainesville, 1959, pp. 405-424.

Para el caso brasileño puede consultarse el artículo de MARCOS CHOR MAIO, «'A nação no microscópio': intelectuais médicos e ordem social no Brasil», *Siglo XIX, Revista de Historia*, segunda época, n° 12, Monterrey, julio-diciembre, 1992, pp. 41-62.

⁴ El estudio de la introducción y desarrollo de las ideas darwinistas en Cuba desde 1868 hasta finales del siglo XIX, así como los debates surgidos entre los diferentes grupos de positivistas cubanos aparece en la obra conjunta de PEDRO M. PRUNA y ARMANDO GARCÍA, *Darwinismo y sociedad. Cuba siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1989.

⁵ En Cuba los científicos, médicos y antropólogos positivistas, defendieron la superioridad del blanco. Sus teorías, cargada de determinismo geográfico y biológico, intentaban demostrar que tanto antro-

cos, sobre los que descansaban criterios sociales, culturales, económicos y morales, todos ellos entremezclados.

Las ideas positivistas que orientaban el progreso de la humanidad en la educación tuvieron buena acogida en América Latina, y jugaron un papel esencial en el proceso de construcción nacional. Un espíritu optimista que fue contrarrestado por los intelectuales seguidores del darwinismo social más radical. Las opiniones de ambos contribuyeron a formar la idea de nación en cada país⁶.

El problema de la construcción nacional es sumamente complejo por los diferentes elementos que hay que tener en cuenta en su análisis, y las distintas teorías que contribuyeron en él. Para algunos autores la nación se reducía a la raza, es decir, la homogeneidad racial era la condición primordial para la existencia de una nación, el sinónimo de ésta, de ahí los intentos por demostrar la existencia de una raza común, que algunos trataron de probar que eran exclusivamente hispana y otros cubana —eliminando de ésta los elementos hispanos—. Fue el antropólogo y sociólogo Fernando Ortiz quien inició estudios de las diferentes poblaciones que habían poblado y poblaban Cuba, para demostrar, a través de un método comparativo, la diversidad cultural dentro de la unidad.

Como en los otros países americanos, en Cuba, en mayor o en menor medida todos los intelectuales del período que estudiamos estuvieron influidos en sus posiciones por el

pológicamente como moralmente e intelectualmente el negro era inferior. El origen diferente del blanco y del negro, con evoluciones diferentes, en hábitat distintos, y condiciones diferentes habían producido unas poblaciones, para ellos «razas» distintas, en términos de superioridad e inferioridad. La historia, según ellos, demostraba la superioridad del blanco, al cual se debían las civilizaciones superiores.

Seguidores del positivismo francés, basaban sus teorías en los mismos criterios a los que los antropólogos franceses habían llegado a partir de mediciones del cráneo. Para estos científicos el cruzamiento de las razas era negativo ya que el resultado era un «híbrido», un ser degenerado.

La recepción de las teorías darwinistas en Cuba en el último tercio del siglo XIX y su aplicación a la esfera social ha sido analizada por Pedro M. PRUNA y ARMANDO GARCÍA, *Opus cit.*

Para un análisis detallado de las teorías positivistas en la biología y antropología, y la recepción y adaptación en diferentes países pueden consultarse los libros de S. J. GOULD, *La falsa medida del hombre*, Barcelona, Ed. Antoni Boschí, 1984; ELVIRA ARQUIOLA, «Racismo y antropología en Francia (1859-1880)», AGUSTÍN ALBARRACÍN, JOSÉ M^o PIÑERO y LUIS GRANJEL (eds.), *Medicina e historia*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1980, pp. 235-249; JOSÉ LUIS PESET, *Lombroso y la escuela positivista italiana*, Madrid, CSIC, 1975; *Ciencia y marginación. Sobre negros, locos y criminales*, Barcelona, Editorial Grijalbo, 1983; CARMEN ORTIZ, *Luis de Hoyos Sáinz y la Antropología española*, Madrid, CSIC, 1987; MIGUEL ÁNGEL PUIG-SAMPER, *La Antropología española del siglo XIX*, Madrid, 1983; y *Darwinismo y Antropología en el siglo XIX*, Madrid, Editorial Akal, 1994; MIGUEL ÁNGEL PUIG-SAMPER y CONSUELO NARANJO, «Ciencia, racismo y sociedad», *Asclepio*, vol. XL, fasc. 2, Madrid, CSIC, 1988, pp. 9-27.

Un representante de estas teorías fueron JOSÉ I. TORRALBAS, *Los grupos satos en las razas humanas*, La Habana, Imprenta Militar de Álvarez y Cía, 1893; JOAQUÍN L. DUEÑAS, «¿El volumen y forma del cerebro está siempre en relación con el grado de inteligencia del individuo?», *Crónica Médico-Quirúrgica de la Habana*, t. 9, la Habana, 1893, pp. 21-25, 71-76, 120-128, 336-345.

Asimismo, otros autores como Luis Montané y José R. Montalvo publicaron diversos artículos en las *Actas de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba* y en el *Boletín de la Sociedad Antropológica de la isla de Cuba*, 1879-1885.

Un estudio detallado de las teorías antropológicas en Cuba ha sido realizado por ARMANDO GARCÍA, *El estigma del color. Antropología y racismo en Cuba en el siglo XIX*, La Habana, Editorial Academia, (en prensa). Desde aquí le agradecemos el habernos facilitado la lectura de su libro, aún inédito.

⁶ *Pensamiento Positivista Latinoamericano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, n^o 71, 1980. Un buen estudio del desarrollo del positivismo en España es la obra de DIEGO NUÑEZ RUÍZ, *La mentalidad positiva en España. Desarrollo y crisis*, Madrid, Tucur Ediciones, 1975.

darwinismo social, que hizo el debate sobre el tipo de sociedad y de pobladores deseables, aptos y necesarios más intenso y apasionado.

A diferencia de otros procesos de construcción nacional en América Latina, en donde se reivindican como medio de cohesionar el sentimiento nacional los primitivos pobladores de la nueva nación, y que al ser incorporados en la memoria colectiva ocupan un lugar preferente, en Cuba tuvo una importancia secundaria⁷. En estos primeros años sólo Fernando Ortiz es el intelectual que con mayor fuerza reivindica el pasado de Cuba, sus aborígenes, para reivindicar el origen común de la cultura cubana, el hilo conductor entre el indígena taino, el criollo, el español, el negro, el mulato, etc. y el cubano del siglo XX⁸.

La complejidad del proceso en sí mismo y la propia situación política de Cuba, con dos intervenciones militares norteamericanas en los 6 primeros años de su independencia, condicionó la actitud crítica y reformista de estos intelectuales. El malestar social, la inconformidad de ciertos sectores ante las políticas gubernamentales y la dirección que la economía estaba tomando se manifiesta en las obras de los intelectuales, políticos, literatos y antropólogos que estudiamos.

RACISMO E INMIGRACIÓN BLANCA

La pluralidad étnica de Cuba hizo más complejo el proceso de construcción nacional y, en concreto, la definición de la nacionalidad o cubanidad. El largo debate mantenido encerraba en sí diferentes concepciones sobre los elementos básicos de la cubanidad, en función del mayor o menor énfasis o defensa de la herencia hispana, y la aceptación de «lo negro» como un componente más, o, por lo contrario, su exclusión.

En este contexto y en el período comprendido entre 1880 y 1910 centraremos nuestro estudio delimitándolo a una temática concreta y, a nuestro entender, primordial en la historia de Cuba de los siglos XIX y XX, como fue la política de colonización e inmigración. Una política inmigratoria que si bien en los primeros años del siglo XX fue copia de la legislación norteamericana, también respondía a la realidad social y cultural de Cuba. Una política cuyos postulados fueron heredados en gran parte del siglo XIX y que respondía no sólo a las necesidades económicas de la isla, sino también a los deseos de la élite y de los gobernantes por hacer de Cuba un país con una población mayoritariamente blanca, un país de orden, civilización y progreso⁹.

La inmigración de europeos fue uno de los elementos de mayor fuerza que aparecen en los discursos de los intelectuales americanos, en su gran mayoría políticos, referentes al tipo de nación soñada. Una nación, a semejanza de las europeas y del modelo norteamericano, próspera y civilizada, regida con un orden y en la que la educación sería una de las vías para conseguir el progreso. Desde esta perspectiva, la educación, el orden y el progreso sólo podría ser traído por inmigrantes procedentes de Europa, que se mezclasen con el nativo y le educasen.

⁷ MÓNICA QUIJADA, «¿Qué nación...», *Opus cit.*

⁸ FERNANDO ORTIZ, *Historia de la Arqueología indocubana*, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1922.

⁹ CONSUELO NARANJO OROVIO, «Trabajo libre e inmigración española en Cuba: 1880-1930», *Revista de Indias*, núms. 195-196, Madrid, CSIC, 1992 (a), pp. 749-794; ARMANDO GARCÍA y C. NARANJO, «Antropología, racismo e inmigración en la Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana», *Asclepio*, Madrid, CSIC, vol. XLIII, fasc. 2, 1991, pp. 139-164.

En términos generales, las poblaciones blancas, no mestizas o «híbridas», eran consideradas por los intelectuales positivistas como superiores. La herencia jugó un papel central en estas teorías y en su aplicación social y política. De esta manera, dichos científicos e intelectuales consideraron que en la herencia se encontraba la llave para resolver el problema de las nuevas naciones que querían construir. El determinismo geográfico y biológico estuvo presente, en diferente medida, en las concepciones y programas de todos los intelectuales.

El problema se planteaba en aquellos países en los que la población blanca constituía una minoría, por lo que se apela a la inmigración europea como medio de hacer progresar a los países, junto a la educación y a la higiene. Sin embargo, el blanqueamiento era considerado por otros autores como un proceso de degeneración, ya que para ellos la herencia impediría el «avance» de las nuevas poblaciones, portadoras de todos los defectos y vicios de los primitivos pobladores. A través de una férrea vigilancia en las entradas de inmigrantes y del control eugenístico de la población se lograría la población deseada¹⁰.

Las diferentes corrientes dentro del darwinismo dieron lugar a una proliferación de teorías en torno a los beneficios o perjuicios del mestizaje y de la superioridad o inferioridad del mestizo. Para los darwinistas sociales más radicales la llegada de inmigrantes blancos, superiores a los nativos, provocaría la extinción de la «raza» inferior. Para otros, sin embargo, los nuevos cruzamientos serían la prueba de que el mestizo, que es el poblador que mejor ha sabido adaptarse y por ello sobreviviría, era de una «raza» superior.

La inmigración fue en Cuba uno de los temas centrales de discusión política en los años analizados, pero al mismo tiempo fue un asunto de debate entre los intelectuales y reformistas, quienes en sus análisis de la realidad social cubana y en la búsqueda de la nacionalidad se postularon, en su inmensa mayoría, a favor de la inmigración blanca¹¹.

El análisis que en otros estudios hemos realizado sobre los proyectos de colonización e inmigración en Cuba a partir de 1880, así como los debates parlamentarios en los que se discutió el problema de la inmigración en Cuba, revela un estado de opinión homogéneo sobre el tipo de inmigrante más conveniente al país¹².

La selección étnica, similar a los procesos que se desarrollaban en otros países americanos, fue el factor fundamental de los proyectos, artículos de prensa y debates parlamentarios. La apertura de la política migratoria en Cuba, a partir de la década de los 80 del siglo XIX, endureció los planteamientos y juicios de aquellos que consideraban que sólo la población blanca estaba capacitada para llevar a cabo el ideal de sociedad soñada, temerosos de una entrada masiva de africanos y asiáticos¹³.

¹⁰ Estudios exhaustivos sobre el concepto de degeneración y la importancia de la herencia en las obras de Morel, Magnan y Sir Francis Galton han sido realizados por RAFAEL HUERTAS GARCÍA-ALEJO, *Locura y degeneración. Psiquiatras y sociedad en el positivismo*, Madrid, Cuadernos Galileo n° 5, CSIC, 1987; y RAQUEL ÁLVAREZ, *Sir Francis Galton, padre de la eugenesia*, Madrid, Cuadernos Galileo, n° 4, CSIC, 1985; *Herencia y eugenesia: Francis Galton*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

¹¹ CONSUELO NARANJO OROVIO y ARMANDO GARCÍA, *Medicina y racismo en Cuba. La ciencia ante la inmigración canaria, siglo XX*, La Laguna, Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1996.

¹² CONSUELO NARANJO, *Opus cit.* (1992 a). En la actualidad estamos trabajando en una monografía sobre la colonización blanca en Cuba en el siglo XIX, en la cual se detallan los diferentes proyectos de colonización e inmigración elaborados y puestos en marcha a lo largo del siglo XIX, así como las diferentes ideologías y grupos que los sustentaban.

¹³ ARMANDO GARCÍA, «Racismo, ciencia y autonomismo en Cuba», *De la Ciencia Ilustrada a la Ciencia Romántica*, Madrid-Aranjuez, Ediciones Doce Calles, 1995, pp. 169-180; «En torno a la antropología y al racismo en Cuba en el siglo XIX», C. NARANJO y T. MALLO (eds.), *Cuba, la perla de las Antillas*, Madrid-Aranjuez, CSIC-Ediciones Doce Calles, 1994, pp. 45-64.

El crecimiento económico, el miedo a un nuevo levantamiento separatista y la cercana abolición de la esclavitud fueron elementos que se combinaron a comienzos de la década de 1880, y que dieron lugar a debates en las Cortes sobre la necesidad de la inmigración en Cuba, el tipo de inmigrante y los presupuestos, a la elaboración de numerosos proyectos de colonización e inmigración, y que permitieron que la corriente inmigratoria española en Cuba fuera adquiriendo un mayor volumen.

El fin de la Guerra de los Diez Años supuso el inicio de una política inmigratoria con nuevas características. Una política orientada a la traída masiva de trabajadores asalariados, que de forma temporal vinieran a cubrir los trabajos del campo, o bien se ubicaran en los núcleos urbanos, que a la sombra del crecimiento económico del país cubriera las necesidades, sobre todo en el sector terciario¹⁴.

De manera paralela a esta corriente inmigratoria, auspiciada por diferentes sociedades protectoras de inmigración, de reciente creación, continuaron elaborándose proyectos de colonización con los que, como en las décadas anteriores, se pretendía fundar colonias agrícolas; colonias que tendrían un significado múltiple, por su triple función económica, poblacionista y defensiva¹⁵.

Uno de los proyectos en los que se insiste más en la función defensiva e integradora, desde una perspectiva social, cultural y étnica, de las nuevas poblaciones creadas con inmigrantes es el de José Curbelo, publicado en La Habana en 1882¹⁶. Un proyecto que presenta un enorme interés al estar implícito en él el tipo de sociedad y de país que a finales del siglo XIX imaginaba al menos una parte de la elite española. Un país poblado mayoritariamente por blancos y, de forma particular, por inmigrantes españoles, fáciles de asimilar a Cuba por sus características culturales similares a las del nativo, y además capaces de mantener el orden y garantizar el progreso.

El autor plantea la necesidad de llevar a cabo una selección étnica en la entrada de inmigrantes que impidiera el acceso de los individuos pertenecientes a las, llamadas por él, «razas inferiores» cuya presencia en nada contribuiría al progreso de la cultura y de la economía del país, como históricamente se había probado en suelo cubano. La presencia de negros y asiáticos y su continua entrada sólo serían un impedimento para el desarrollo de una sociedad homogénea, en la que la «raza blanca» y la cultura hispana, —conceptos

¹⁴ La puesta en marcha de diferentes proyectos de colonización e inmigración en la década de los 80 se llevó a cabo desde la esfera oficial y desde la esfera privada. Esta dinamización en la corriente inmigratoria motivó la fundación de diferentes sociedades protectoras de inmigración y la adopción de una política más permisiva que liberalizó las salidas e inició una campaña de difusión y propaganda, tanto en España como en algunas repúblicas americanas, sobre las ventajas y garantías que el individuo encontraría en el caso de emigrar a Cuba.

Sobre este último aspecto son interesantes los despachos enviados por delegados españoles desde Montevideo y Buenos Aires, en 1878, referentes a la buena acogida que había tenido entre las colectividades españolas allí asentadas, la propaganda desplegada por el gobierno español sobre las ventajas de trasladarse a Cuba: pasaje gratuito, trabajo asegurado, etc.

Véase a manera de ejemplo, Archivo Histórico Nacional (Madrid), Sección Ultramar, Fondo Fomento, Leg. 174, exp. 6.

¹⁵ CONSUELO NARANJO, *Opus cit* (1992a).

Uno de los proyectos para el establecimiento de colonias militares en Cuba tras la Paz del Zanjón es el presentado por VICENTE VIVES DE LARA, *Proyecto general de colonización civil y militar en esta isla*, La Habana, 1883.

¹⁶ JOSÉ CURBELO, *Proyecto de inmigración nacional para la Isla de Cuba y de la más fácil realización*, La Habana, 1882.

que a veces en la época algunos autores utilizan de forma indistinta—, serían los pilares básicos del pueblo de Cuba.

Asimismo, es interesante la utilización por parte del autor de los conceptos de «raza blanca» y «raza española» en relación con su adecuación al país. De esta manera, superpone a la «raza blanca» la «raza española», la cual pasaría a ser una derivación de la raza blanca, que por sus características culturales y biológicas se asimilaría más fácilmente:

«No debemos contar con las razas inferiores como elemento de colonización. La familia africana que se ha mezclado a la base social del país, sólo en las impuestas condiciones de esclavitud, pudo haber sido asimilable. Hoy no es lógico ni razonable pensar en importarla de nuevo. Sería un crimen social africanizar a Cuba.

La gente asiática tampoco es a propósito. La experiencia enseña que no es el campo su afición, sino que absorbe las pequeñas industrias en los pueblos, siendo elemento *infusible...*»¹⁷.

En el siglo XIX el partido político que defendió con mayor fuerza la inmigración de familias españolas en Cuba fue el Partido Liberal Autonomista. En el prólogo escrito por Rafael Montoro al libro de Raimundo Cabrera, *Cuba y sus jueces*, en 1887, se muestra partidario de la inmigración europea como medio de blanqueamiento. En él defiende las aptitudes de la población cubana, utilizando argumentos similares a los expuestos por Enrique Varona, quien definía a la población cubana como una variedad étnica bien adaptada a las nuevas condiciones físicas, que ha producido excelentes resultados.

Montoro recoge el debate de la época sobre la aclimatación de los blancos a las zonas tropicales y la superioridad de unos pueblos frente a otros¹⁸. Las variedades étnicas existentes en Cuba, comentaba Montoro, eran la demostración más palpable de que la adaptación del blanco era posible y positiva en tanto que ayudó y ayudaría, con las siguientes oleadas inmigratorias desde España, a la variabilidad étnica¹⁹.

Como es lógico de imaginar los criterios racistas del siglo XIX afincados en las teorías científicas y en la mentalidad popular, continuaron presentes en las últimas décadas del siglo XIX. El miedo al negro continuó latente en el período que analizamos, alimentado por la propaganda manejada desde algunos sectores integristas y autonomistas sobre una posible alianza entre la población de color que provocaría en una «guerra de razas»²⁰. La lucha de la población de color por conseguir que sus derechos fueran reconocidos en la vida real fue un camino largo y difícil, en el que las alianzas con algunos partidos en los que militaban negros, como el Partido Autonomista o el Partido Liberal, en 1894 y 1906

¹⁷ *Ibidem*, p. 10.

¹⁸ ÁNGEL FERNÁNDEZ-CARO, «Estudios antropológicos», *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, t. 19, La Habana, 1882-1883, pp. 375-417; RAMÓN HERNÁNDEZ POGGIO, *Aclimatación e higiene de los europeos en Cuba*, Cádiz, Imprenta de la Revista Médica, 1874; CARLOS J. FINLAY, «Apología del clima de Cuba», *Gaceta Médica de la Habana*, año I, núm. 2, la Habana, 1878, pp. 1-3.

¹⁹ RAIMUNDO CABRERA, *Cuba y sus jueces*, Filadelfia, La Compañía Levytype, Impr. y Grabadores, 1895. Prólogo de Rafael Montoro, pp. 13-17.

²⁰ Pocos intelectuales se adelantaron a los acontecimientos y previnieron sobre los problemas de un conflicto entre las distintas «razas», que restaría unidad y fuerza a la lucha independentista. En este sentido son de particular interés los escritos de JOSÉ MARTÍ en el periódico *Patria*. En «Mi raza», escrito en 1893, Martí recuerda la igualdad del negro y del blanco, otorgada en la Constitución de Guaimaro, y plantea que no existen razas diferentes, sólo el hombre.

respectivamente, se rompieron en función de los intereses y las políticas desarrolladas por éstos²¹.

Las diferencias culturales y, sobre todo, el desigual nivel educativo entre blancos y negros fue utilizado como evidencia de la inferioridad intelectual del negro; mientras que para los «defensores» del negro, como Juan Gualberto Gómez, Rafael Serra Montalvo o Evaristo Estenoz, dicha desigualdad era sólo la consecuencia del pasado, de la esclavitud, de las condiciones económicas de la población negra, y de su tardío acceso a la educación básica. Para estos últimos la solución del problema estaba en la educación; postulado similar al manejado en México por algunos intelectuales, como Justo Sierra o Ignacio Ramírez, para quienes el indígena era un elemento fundamental en la constitución de la nacionalidad mexicana, y cuya incorporación a la vida social tendría que hacerse a través de la educación. No obstante, hay que señalar que el debate en torno a la educación del negro en Cuba no tuvo tanta trascendencia entre los intelectuales como la tuvo en México²².

Si el acceso a determinados puestos de trabajo o a cargos políticos estaba vedado para la población de color, en otras esferas la legislación fue la encargada de marcar las diferencias entre unos y otros, y controlar que la población de color no aumentase con entradas de inmigrantes antillanos o asiáticos. La perfecta combinación entre la legislación migratoria cubana y los argumentos pseudocientíficos esgrimidos por médicos higienistas, sociólogos y antropólogos impidieron durante estos primeros diez años de la república la entrada de «indeseables»²³.

La preferencia por la inmigración blanca y la práctica exclusión de los inmigrantes de color provocó en 1908 la denuncia de la Agrupación Independiente de Color, que a través de su órgano, *Previsión*, reivindicaba una legislación migratoria más justa en la que se contemplase la entrada libre de todas las «razas» y de los individuos, independientemente de su color, que portasen buenas condiciones sanitarias²⁴.

La independencia de Cuba no supuso el corte de la corriente migratoria española, que desde las últimas décadas del siglo XIX había aumentado al amparo de la protección oficial, de la creación de sociedades anónimas protectoras de la inmigración y de sociedades benéficas que agrupaban a los inmigrantes. Una inmigración atraída por las nuevas posibilidades económicas de Cuba: la ampliación del sector terciario y la demanda continua de brazos abundantes para los trabajos agrícolas y las actividades comerciales.

Como en el siglo anterior, el siglo XX se inicia con la demanda de mano de obra barata, braceros temporales que, terminada la zafra, regresaban a España. En dicha corriente, junto a la migración temporal o golondrina, el reclamo de los paisanos o parientes ya asentados en la isla a los jóvenes aldeanos provocó un flujo migratorio que mantuvo vivo el recuerdo y la presencia de España en Cuba y de Cuba en España. Por ello, el llamado «desastre colonial» por el sector oficial pasó a tener un carácter diferente para la población, sobre todo en aquellas zonas en las que la ida y vuelta de hombres y mujeres se super-

²¹ Estudios sobre las diferentes posiciones dentro de la comunidad negra sobre la conveniencia de organizarse como partido o de integrarse en las formaciones políticas existentes, han sido desarrollados por TOMÁS FERNÁNDEZ ROBAINA, *En negro en Cuba, 1902-1958*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1990; RAQUEL MENDIETA, *Cultura. Lucha de clases y conflicto racial, 1878-1895*, La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 1989.

²² Un estudio del debate producido en México, entre 1857 y 1911, sobre la integración del indígena y del mestizo a la sociedad aparece en el artículo de MARTIN S. STABB, *Opus cit.*

²³ CONSUELO NARANJO y ARMANDO GARCÍA, (1996), *Opus cit.*, pp. 34-57.

²⁴ *Previsión*, La Habana, 15 de octubre de 1908, p. 3.

puso a los acontecimientos políticos del 98', y mantuvieron a Cuba como una tierra familiar y cercana.

Desde 1882 y hasta 1904 Cuba fue el primer lugar de destino elegido por los españoles emigrantes. A partir de ese año el porcentaje más elevado de salidas por puertos españoles se dirigió a Argentina²⁵. Los altibajos de la industria azucarera marcaron, en gran medida, la llegada de inmigrantes y la legislación; legislación que se fue acomodando a las coyunturas económicas y a los intereses de la burguesía azucarera y comercial²⁶.

A pesar de que no fue hasta los años 1913-1914 cuando empezó a tener fuerza la presencia de antillanos como braceros en las tareas agrícolas, el inmigrante de color, negro o asiático, fue perseguido desde los años anteriores. Los vicios achacados a los antillanos y, sobre todo, a los chinos descansaban en teorías y prejuicios raciales afincados entre la población y dirigidos y fomentados desde los sectores intelectuales.

La inmigración pasó a ser un tema central de discusión en los círculos científicos cubanos, sobre todo entre los médicos higienistas. Por ello, la xenofobia no tuvo sólo componentes culturales o diferencias económicas. El ataque a las poblaciones de color, a los diferentes, a los antisociales o «indeseables», que en este caso por su condición de extranjeros eran doblemente rechazados, también se hizo a partir de los presupuestos pseudocientíficos, sanitarios y antropológicos que presentaron al «otro» como una amenaza a la integridad cultural, a la higiene y salubridad del país, y al progreso de Cuba²⁷.

Sin duda fueron los chinos los que sufrieron un mayor ataque. Sus hábitos y cultura diferentes motivaron que se les acusara de toda serie de vicios y degeneraciones, hasta llegar a considerarlos como elementos de retroceso social. Para algunos autores como Ramón Meza, el chino, que desde 1847 había estado presente en Cuba, no había contribuido ni contribuía a generar riqueza ni a fortalecer el sentimiento nacional. Incluso algunos autores llegaron a manifestar que su presencia disminuía el nivel cultural del país, y su cruzamiento no sería sino causa de degeneración racial, sobre todo el cruce con los negros²⁸.

²⁵ El análisis estadístico de la emigración española a Iberoamérica lo he abordado en diferentes artículos. Por ejemplo, véase CONSUELO NARANJO, «La emigración española a Iberoamérica: análisis cuantitativo», *Historia de la emigración española a Iberoamérica*, 2 ts., Madrid, Hª 16, 1992b, t. 1, pp. 177-200.

²⁶ En esta ocasión no analizaremos la evolución de la legislación inmigratoria y de los proyectos de colonización e inmigración, así como su adecuación a los intereses económicos norteamericanos, a la burguesía cubana e hispanocubana, ya que la hemos realizado recientemente en el libro *Medicina y racismo. La ciencia ante la inmigración canaria, siglo XX*, *Opus cit.*, 1996.

²⁷ La rica discusión originada en torno a las condiciones sanitarias que los inmigrantes debían tener, así como a la higiene que debía mantenerse como factor de progreso en un país, se reflejó en la *Crónica Médico-Quirúrgica de la Habana*, y en los *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*. Véase por ejemplo los estudios de JUAN SANTOS FERNÁNDEZ, «La profilaxis del tracoma en Cuba con relación a la inmigración», *Crónica Médico-Quirúrgica de la Habana*, t. 33, La Habana, 1907, pp. 117-124; y JUAN GUITERAS, «Estudios demográficos. Acimatación de la raza blanca en los trópicos», *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, t. 50, la Habana, 1913, pp. 98-118.

²⁸ RAMÓN MEZA Y SUÁREZ, *La inmigración útil debe ser protegida*, La Habana, La «Moderna Poesía», 1906. Véase también el discurso de JORGE LE-ROY Y CASSÁ, «Consideraciones criminológicas positivas acerca de la inmigración de China», *Memoria Oficial de la Quinta Conferencia Nacional de Beneficencia y Corrección*, La Habana, 1906, pp. 344-351.

En él Le-Roy comentaba, a partir de los datos estadísticos, que los chinos eran los que presentaban un mayor porcentaje de delinquentes en Cuba; con un índice de delincuencia 6 veces superior al de los blancos.

En esta Conferencia se presentaron otros trabajos que de igual forma atacaron la inmigración china por ser inmoral, antisanitaria y primitiva. Un ejemplo de ellos fueron los discursos de Federico Córdova y Quesada y de Guillermo Dolz.

La persecución continua a esta inmigración asiática se observa también en la legislación, que sólo liberalizó su entrada en 1917. El escaso porcentaje que alcanzaron los chinos dentro de la población total, y los nichos económicos en los que se asentaron no explican el ataque continuo y desmedido a este grupo. Quizá fue su aislamiento de la población cubana uno de los factores que provocó el rechazo comentado. La falta de comunicación entre las dos comunidades sin duda aumentó los recelos entre ellas y las distancias culturales manifiestas fueron exageradas.

Por otra parte, la competencia laboral del nativo y del inmigrante antillano y asiático fue uno de los motores que avivaron la xenofobia y el racismo. Las causas para atacar a estos inmigrantes como elementos nocivos al país provinieron de diferentes puntos de vista, económico, cultural, étnico, sanitario, nacional, etc. Y si en algunos momentos fueron considerados un factor de retroceso en la lucha obrera y elemento causante del descenso de los salarios agrícolas, en otros, además, eran vistos como el elemento responsable de la pérdida de nacionalidad, no sólo por su falta de integración o sus diferencias culturales, sino por contribuir al mantenimiento y aumento de la dependencia económica de Cuba a Estados Unidos²⁹.

Pero junto al racismo y las explosiones de xenofobia contra los antillanos y los chinos, en ocasiones asistimos a la defensa de estas inmigraciones desde la esfera oficial, en momentos en los que la zafra demandaba un mayor número de brazos. Una defensa que se basa en las necesidades económicas de Cuba y que convierte a esta inmigración en «conveniente, necesaria y patriótica»³⁰.

Como hemos visto, los prejuicios raciales continuaban en el siglo XX, si bien ahora la gran mayoría de los intelectuales y políticos condenaban la esclavitud. Para algunos de estos autores como Gustavo Enrique Mustelier, para quien la herencia era un factor decisivo en la conformación de los pueblos, los defectos y vicios apreciables en la población cubana habían sido transmitidos por los negros, a quienes califica como «elementos anti-sociales que han corroído el alma nativa produciendo verdaderos estigmas en el cubano...»³¹. Frente a la herencia del negro, Mustelier ensalza las cualidades del otro elemento, y fundamental, que conformó al pueblo cubano, el «progenitor íbero».

Seguidor de las tesis de José Ingenieros sostuvo la inferioridad de unas razas frente a otras, la desigualdad y la no equivalencia entre ellas, que provocaba que no todas las razas humanas eran igualmente civilizables³². Sin embargo, a diferencia de estos autores para quienes la ciencia, la biología y la sociedad sólo avanzaría cuando las razas inferiores e inadaptadas desaparecieran, para quienes el mestizaje —como se aprecia en la obra de Jo-

²⁹ JUAN PÉREZ DE LA RIVA, «Cuba y la migración antillana 1900-1931», *La república neocolonial. Anuario de Estudios Cubanos*, t. 2, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1979, pp. 1-73; OSCAR ZANETTI y ALEJANDRO GARCÍA, *United Fruit Company: un caso del dominio imperialista en Cuba*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1976, pp. 245-246.

³⁰ El cambio en la actitud de los grandes hacendados hacia el tipo de inmigrante se observa fundamentalmente en la década de 1920. En estos años las voces de los médicos eugenistas fueron acalladas en virtud de las necesidades económicas del país y de la presión ejercida desde los sectores económicos más poderosos. Véase CONSUELO NARANJO y ARMANDO GARCÍA, (1996), *Opus cit.*

³¹ GUSTAVO ENRIQUE MUSTELIER, *La extinción del negro. Apuntes político sociales*, La Habana, Imprenta de Rambla, Bouza y Cía., 1912.

³² JOSÉ INGENIEROS, «La formación de una raza argentina», *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias, Educación*, 2, Buenos Aires, 1915, pp. 464-483; *Sociología Argentina*, Buenos Aires, Ediciones L. J. Rosso, 1918; LUCAS AYARRAGARAY, «La mestización de las razas en América y sus consecuencias degenerativas», *Revista de Filosofía, Opus cit.*, vol. 2, n° 1, 1916, pp. 21-41.

Una obra compiladora sobre la idea de «raza» en América Latina es el libro de RICHARD GRAHAM, *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940*, Austin, University of Texas Press, 1990.

sé Ingenieros— era uno de los peores males sociales y sólo conducía a la degeneración, Mustelier no se opuso en ningún momento al cruzamiento. El mestizo, el cuarterón, era a su juicio un tipo étnico superior al blanco, al negro o al asiático.

La escasa sociabilidad y solidaridad que el autor achacaba a la población negra, que según Mustelier se debían a sus condiciones de vida nómada, le hacían calificarle como elemento antisocial. Esta definición del negro forma parte de la teoría positivista, según la cual algunas poblaciones o tipos presentaban conductas diferentes a las reglamentadas, anómalas o anormales a la sociedad. Sigue la teoría de José Ingenieros, desarrollada en Argentina para los anarquistas, según la cual un carácter es anormal cuando sus actos son antisociales.

La clasificación de tales conductas, de los individuos y el establecimiento de penas hizo posible el control de todos aquellos individuos antisociales, no sólo de los delincuentes, sino también de aquellos que luchaban por reivindicaciones sociales y políticas, como los anarquistas.

Por otra parte, a la vez que el negro o el marginal es calificado como elemento antisocial, en otros países en los que la «amenaza» del desorden no venía de otra étnia, sino de la incorporación de grandes masas humanas a la sociedad, de los desarraigados y menos favorecidos por la riqueza, allí surgieron diferentes teorías que establecían la inferioridad intelectual y biológica de los «pobres»³³.

Mustelier, asumiendo las teorías de José Ingenieros, consideraba a los negros una étnia inferior, «más próximos de los monos antropoides que de los blancos civilizados»³⁴. A partir de las características antropológicas de los negros, que les hacían más cercanos a los simios, con un caparazón inferior, y unos rasgos que manifestaban su inferioridad intelectual, Mustelier extrapolaba estas consideraciones al campo social y político, y, al igual que Ingenieros, consideraba que los hombres inferiores a los blancos no podían tener iguales derechos que los últimos.

Asimismo, el negro es considerado como un factor de degeneración, carente de cultura y, por supuesto, incapaz de portar cultura. Basándose en estos conceptos es que muchos intelectuales, como Mustelier o, posteriormente, Domingo Ramos, consideraron que la población blanca era la única que había aportado los elementos básicos de la identidad de Cuba³⁵.

Apoyándose en las estadísticas, como lo hacía el médico cubano Jorge Le-Roy y Cassá en sus estudios epidemiológicos de la población cubana, Mustelier probaba que el «elemento de color»—incluyendo en él a negros, chinos y mestizos—, presentaba una conducta delictiva elevada con respecto a la población blanca (según los datos estadísticos la población penal de color representaba el 70%); asimismo llegaba a la conclusión de que con el tiempo la población de color desaparecería tanto por su menor crecimiento vegetativo, como por su inferioridad respecto al blanco, por el cual, al cruzarse, sería absorbido.

³³ En Argentina este fenómeno ha sido abordado en los libros de RAFAEL HUERTAS GARCÍA-ALEJO, *El delincuente y su patología: medicina, crimen y sociedad en el positivismo argentino*, Madrid, Cuadernos Galileo, n° 12, CSIC, 1991; EDUARDO O. CIAFARDO y DANIEL ESPESIR, «Patología de la acción política anarquista. Criminólogos, psiquiatras y conflicto social en Argentina, 1890-1910», *Siglo XIX, Revista de Historia*, segunda época, núm. 12, Monterrey, julio-diciembre, 1992, pp. 23-40.

³⁴ GUSTAVO ENRIQUE MUSTELIER, *Opus cit.*, pp. 49-50.

³⁵ Uno de los médicos higienistas que con mayor dureza atacó a las inmigraciones no blancas en Cuba y en el continente americano fue Domingo Ramos. Entre otras obras en las que aparece su ideario puede consultarse, DOMINGO RAMOS, *Cuba en la higiene tradicional y el finlismo*, La Habana, Imprenta La Propagandista, 1924.

El último factor decisivo en el proceso de desaparición de la población de color en Cuba era la inmigración que de forma continuada llegaba a sus costas procedente Europa y fundamentalmente de España³⁶.

EL PROYECTO NACIONAL DE FERNANDO ORTIZ

Fernando Ortiz fue el gran intelectual que supo desde estos primeros años delimitar el problema de la nacionalidad, identidad o cubanidad al darle unos contenidos culturales, carentes de criterios racistas y, sobre todo, globalizadores y no excluyentes. La cubanidad o identidad cubana es analizada en la obra de Ortiz como un todo en el que confluyen, se superponen y actúan continuamente diversos factores, que aunque de origen diferente no se excluyen entre sí, sino que interactúan y originan el ser cubano, una identidad nueva, distinta de cada uno de sus componentes, en continua transformación por los diferentes elementos que desde sus comienzos y hasta la actualidad la forman.

La contribución de Ortiz al conocimiento de la historia y de la identidad cubana adquiere mayor importancia al ser él quien, a partir de sus primeros estudios etnológicos, comienza a plantear sus investigaciones desde el estudio de las culturas y no de las razas, lo que le lleva a definir la cubanidad como una categoría de cultura: «La cubanidad no está en la sangre o en el papel, la cubanidad es principalmente la peculiar calidad de una cultura, la de Cuba»³⁷.

Entre las obras más interesantes escritas por Ortiz en el período que analizamos se encuentran *Los negros brujos*, de 1905, *La reconquista de América*, de 1910, y *Entre cubanos. Psicología tropical*, publicada en 1913, que recoge una serie de artículos publicados en revistas y periódicos entre 1906 y 1908, y alguno en 1911.

Las luchas ideológicas que en estos primeros años separaban en Cuba a los defensores del mundo hispano, de los paladines de la cultura anglosajona o europea, el debate en torno a la idea nación como algo prioritario en esos momentos en los que los intelectuales trataban de definir las características de la cubanidad, a veces como necesidad imperiosa ante la absorción, sirvieron a Ortiz para iniciar e ir sentando las bases de sus estudios.

La semejanza de algunas de las situaciones por las que atravesaban Cuba y España, la búsqueda de los intelectuales, tanto en España como en Cuba, en sus pasados, unos como examen de conciencia para hallar las causas del «desastre», y otros como medio de encontrar y definir su identidad, así como la formación académica de Fernando Ortiz, en cuyo paso por España se vio influido por la obra de algunos de sus maestros, como el sociólogo español Manuel Sales y Ferré, llevaron al antropólogo cubano a plantear algunas soluciones similares a las que en España algunos regeneracionistas postulaban³⁸.

³⁶ CONSUELO NARANJO OROVIO, «La emigración española a Iberoamérica, 1880-1930», *Cuba y España. Poblamiento y nacionalidad*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1993, pp. 116-155; «La población española en Cuba, 1880-1953», C. NARANJO y T. MALLO (Eds.), *Cuba, la perla de las Antillas*, Madrid-Aranjuez, CSIC-Ediciones Doce Calles, 1994, pp. 121-136.

³⁷ FERNANDO ORTIZ, *Estudios etnosociológicos*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1991, p. 13. En «Los factores humanos de la cubanidad», en la distinción entre cubanidad y cubanía aplica la definición que Miguel de Unamuno utiliza para diferenciar hispanidad de hispanía. Ver *Revista Bimestre Cubana*, vol. XIV, n° 2, La Habana, marzo-abril, 1940, pp. 161-186.

³⁸ Para Fernando Ortiz la apatía que la población manifestaba en estos primeros años claves de la república fue sin duda un motivo de reflexión y preocupación. Para Ortiz, como para Unamuno, era nece-

Asimismo, Ortiz se planteaba la necesidad de buscar la causas que impedían la modernización en Cuba, de reflexionar sobre sus vicios, sus defectos y su pasado, en el que se encontraban muchas de las claves del presente³⁹. El regeneracionismo de Ortiz está presente sobre todo en esta primera década, en los artículos recogidos en *Entre cubanos*. En esta línea, dentro del proyecto social y nacional de Ortiz, de estos primeros años, la educación como vía de progreso jugaba un papel esencial como articulador de una sociedad desintegrada, incoherente, ignorante y dividida. Es desde esa óptica que Ortiz recomienda abrir las fronteras de la cultura y de la ciencia para permearlas de las ideas del extranjero, de Norteamérica, y educar al pueblo en los valores, dentro de las raíces de su identidad, pero a la vez a la luz de los avances científicos. Para él la ciencia y la cultura eran los basamentos sobre los que debía descansar la nueva nación y el proceso de modernización.

Este proyecto político se vería culminado cuando la educación alcanzara a toda la sociedad y se lograra contar con una sociedad culta, con ideales y regenerada; una sociedad capaz de estrechar sus manos con Estados Unidos. Para ello, desde 1908, postuló por la creación de universidades populares en las cuales el pueblo podría aprender a tener unos ideales superiores, que ayudarían a consolidar la nación, una nación aglutinadora de todos sus elementos y no sólo de una élite, a la vez que ayudaría a fortalecer la tambaleante nacionalidad, una nacionalidad integrada por españoles y cubanos⁴⁰.

Por otra parte, el modelo económico de la nueva nación propuesta por Ortiz se ajusta a determinados planteamientos formulados en España por algunos autores como Joaquín Costa⁴¹. En un país esencialmente agrícola, defiende la división de las tierras en manos de pequeños campesinos, a quienes se les debería enseñar mediante cátedras ambulantes de agricultura. Dentro de este proyecto también propuso la fundación de un orfanato agrícola, a semejanza del existente en Bordeaux, donde los huérfanos pudieran estudiar agricultura.

Para Ortiz la «regeneración» o el avance agrícola y crecimiento económico sólo se lograría a través de la educación y vulgarización de la enseñanza agrícola: «Instruyamos a los guajiros, que ellos serán soldados de la riqueza nacional»⁴².

Aunque en este estudio no abordaremos la evolución ideológica de Fernando Ortiz, sí hay que señalar, al menos, la evolución de su pensamiento científico, que acompaña al lector a través de sus obras. Una evolución que refleja su madurez y que es resultado de su gran tarea como investigador. Sus concepciones fueron evolucionando desde las teorías de Lombroso, el positivismo y la criminología, hasta la asunción de un amplio espectro de las ciencias históricas⁴³.

sario fijar un ideal y desterrar los viejos vicios, «despertar energías y promover libertades». CARLOS SERRANO, «Miguel de Unamuno y Fernando Ortiz. Un caso de regeneracionismo trasatlántico», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, tomo XXXV, n° 1, México, Colegio de México, 1987, pp. 299-310.

³⁹ FERNANDO ORTIZ, *Entre cubanos. Psicología tropical*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1986.

⁴⁰ El regeneracionismo presente en la obra de Ortiz está cercano al desarrollado en España. Al igual que los positivistas krausistas, Ortiz centra en la cultura y en la educación las soluciones de gran parte de los problemas nacionales. Señala la necesidad de educar a la sociedad como única vía de salvar la nacionalidad cubana. *Ibidem*.

⁴¹ IVOMNE TURÍN, *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902*, Madrid, Aguilar, 1967.

⁴² *Ibidem*, p. 56.

⁴³ En sus primeros escritos está presente la influencia lombrosiana. Un ejemplo de ello es «Las rebeliones de los afro-cubanos», *Revista Bimestre Cubana*, vol. IV, n° 2, La Habana, marzo-abril, 1910, pp. 97-112, en el cual afirma la influencia y correlación entre la pertenencia a una étnia y la criminalidad. JORGE IBARRA, «La herencia científica de Fernando Ortiz», *Revista Iberoamericana*, núms. 152-153, Madrid, 1990, pp. 1339-1351.

La fragilidad de la nación cubana, de sus instituciones y hombres, la amenaza exterior y la necesidad de crear y dar a conocer al pueblo los fundamentos de su identidad, de crear una conciencia nacional y una memoria histórica, motivaron a Ortiz a luchar contra las fuerzas desintegradoras de la joven nación. Uno de esos elementos desintegradores eran a juicio de Ortiz las tensiones sociales y diferencias entre la población, motivadas por el color de la piel.

Uno de los hilos conductores de la obra de Fernando Ortiz fue el racismo. Sus estudios descansaron sobre el criterio de que no existían las razas, sino las diferencias culturales y étnicas, criterio que en la década de los 40 demostró científicamente en su libro *El engaño de las razas*⁴⁴. Desde un primer momento Ortiz se manifestó en contra del racismo, del racismo negro, y del racismo blanco o «latino» que se erigía como salvador de Cuba, y del hispanoamericanismo como fórmula de nuevo colonialismo⁴⁵.

Pero lo interesante y que le hace diferente al resto de los otros pensadores cubanos es que Ortiz ataca sólo aquellos aspectos de los modelos hispano o norteamericano, que considera deben ser extirpados o no asimilados por la sociedad y la cultura cubana; hecho que le permite valorar en su justa medida cada uno de los elementos positivos y negativos de todas las culturas que habían confluído y confluían en la isla, y que estaban presentes en la identidad cubana⁴⁶.

Las vías de acercamiento de España a Cuba, en estos primeros años, fueron consideradas por Ortiz como intentos de revivir el pasado, amparados en la existencia de una «comunidad histórica». Una política que continuaba arrastrando algunos vicios del siglo XIX, carente de la preocupación cultural. Las palabras de Ortiz son elocuentes por sí mismas:

«sin civilización intensa y dominante, la raza es una verdadera armadura sin guerrero que la arrastre; el idioma, una boca sin lengua que la anime; la religión, una campana sin badajo»⁴⁷.

La pluralidad étnica y cultural, que para otros intelectuales hacía más compleja la definición de la nacionalidad cubana, fue utilizada por Fernando Ortiz como el elemento sobre el que fundamentar su concepción sobre la cubanidad. Para él la nacionalidad o conciencia nacional debía estar por encima de toda raza o lengua, ser el elemento de cohesión y fuerza de los pueblos, el que les daba el carácter y la razón de ser: «...casi todas las razas del universo se han dado cita en la isla de Cuba, trayéndose sus energías, sus virtudes y sus vicios para producir la nacionalidad presente»⁴⁸.

⁴⁴ FERNANDO ORTIZ, *El engaño de las razas*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1975 (la primera edición fue en 1946, a cargo de la Editorial Páginas).

⁴⁵ FERNANDO ORTIZ, *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*, París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, 1910.

⁴⁶ Para explicar la formación de la nacionalidad cubana es interesante la comparación que establece entre ésta o el pueblo de Cuba y un guiso tradicional cubano, taino, llamado ajiaco, que puede ser guisado con diferentes y muy variadas sustancias. Para Ortiz Cuba era la cazuela de barro en la que de forma permanente hervían todos los elementos culturales diferentes y variados, y a la que se iban incorporando otros nuevos. *Estudios etnosociológicos*, *Opus cit.*

⁴⁷ FERNANDO ORTIZ, (1986), *Opus cit.*

⁴⁸ *Ibidem*, p. 119.